

Lorenzo Oliván



LORENZO OLIVÁN, (Castro Urdiales, Cantabria, 1968). Se licenció en filología hispánica en Oviedo. Es autor de los libros de poemas *Único norte*, *Visiones y revisiones* (Premio Luis Cernuda), *Puntos de fuga* (Premio Fundación Loewe), *Libro de los elementos* (Premio Generación el 27) y *La noche a tientas*. Cultiva también el aforismo y la imagen. En ese género sin género del fragmento poético ha publicado *Cuatro trazos*, *La eterna novedad del mundo* y *El mundo hecho pedazos*. Ha traducido a John Keats, *Belleza y verdad*, *Epístolas y otros poemas*, y a Emily Dickinson, *La soledad sonora*. De 1997 al 2003 codirigió la revista de literatura y arte *Ultramar*. Ha participado en antologías de poesía española como *Selección nacional*, *La generación del 99*, *Poesía española de hoy*, *La lógica de Orfeo*, *Última poesía española (1990-2005)* o *Cambio de siglo*. Ha ejercido la crítica literaria en el suplemento cultural de ABC. Coeditó dos volúmenes en torno a la obra de José Hierro, *Espacio Hierro*, y sobre el mismo autor ha publicado el estudio *La palabra viva de José Hierro*.

Quizás sea verdad que se escribe siempre en parte a contramuerte, pero sin olvidar que se ha de concentrar el foco en la vida, la verdadera protagonista de lo escrito. Y en "la vida" cabe todo, lo que la exalta y lo que la amenaza.

Ciudad de nadie

Dentro de la ciudad, otra ciudad
en miniatura, a más pequeña escala
y entre musgosos muros. El capricho
de alguien que se entretiene con el mármol
y levanta edificios que, en su absurdo furor,
llena de miles de ventanas ciegas.

Los pasos que aquí das, ¿dónde los das?
Los oyes, redoblados,
por las calles sin gente,
con eco de otra parte.

No se respira el aire que conoces.
Se respira el silencio
que ahora rompen tus pasos.

En tan extraña atmósfera
ni las flores se muestran
con naturalidad. Fuerzan el gesto
como los de las fotos.

¿A quién tratan

éstos de convencer
de que son quienes son
si ni siquiera sus borrosas caras
se lo creen?

Lo único
que atrapó el objetivo en esos márgenes
y que convence y que no admite dudas
es el tono amarillo de todos los retratos,
como es el amarillo el color ya del agua de las flores
y el del mármol marchito.

Dentro de la ciudad, otra ciudad.
Y dentro de ella, ¿quién? Tan sólo el tiempo,
señor de nada en la ciudad de nadie.

(De *Puntos de fuga*)

La pantalla y la máscara

Pegadas a la piel, difuminadas,
hechas casi ya carne de la auténtica carne,
las máscaras proclaman
sus secretos de esfinges consabidas,
para rendir ciudades
con el mismo esplendor que la de Tebas
y librarlas de pestes.
El afán de fundirse
la superficie con el hondo espíritu,
lo externo con lo interno, hasta llegar
a echar allí raíces,
quizás explique la íntima tensión
del músculo al que el hueso no responde:

y el perfecto espectáculo
de la impostura
fingiendo su verdad
no evita, así, que se perciba al fondo,
-para quien sabe ver tras la pantalla-
un rostro que, al hablar, se vuelve mueca,
máscara viva en pugna por decirse.

(De Libro de los elementos)



Por otro lado, la creación poética nos instala, en los mejores momentos, en una nueva dinámica de percepción espaciotemporal, lo que algunos han llamado “la sensación de universo” y “el instante sin fin”, desde donde se tiene la ilusión de que podemos escapar de nuestros propios límites.



Ardua trama

Igual que el horizonte
convierte al mar en isla
cerrada hacia un gran centro de velámenes,

así tú y tu dolor.

Mientras yo, levantado
sobre el tropel del agua,
en un eterno
renacer, perseguía
ser ebria e instantánea
flor de espuma, borrar
con mi mínima huella
la arena y sus dominios.

Ardua trama, mezclar aquella luz
de aquellos equilibrios impensables,
y tu herencia de tensa herida en pugna
que se repliega para no hacer daño
y halla, en su ocultación, hondo saber.

El turbio destilado de ambas fuentes,
como un pobre regalo hecho a destiempo,
es cuanto puedo devolverte aquí,

ahora que tu horizonte,
cerco en torno a un misterio en mí fundido,
cruza, en la lejanía, mi mirada.

(De *La noche a tientas*)

Si uno entiende por literatura lo que imaginamos que entendía Baudelaire o el propio Gamoneda, la poesía es mucho más que literatura. A mí me gusta identificar la poesía con una fragua, por lo que tiene de fuerza transformadora, de fuerza para crear realidad, para sacarla a la superficie desde un fondo oculto. Lo importante en esa fragua, sin ningún género de dudas, es el fuego y no las herramientas, que sin él sirven para bien poco. Ahora bien, las herramientas, pese a su función accesorio, forman parte también del paisaje de la fragua.

Marián Bárcena



MARIÁN BÁRCENA. Nacida en Santander Licenciada en Derecho por la Facultad de Derecho de la Universidad de Cantabria. Diplomada en Ciencias Políticas por la Universidad Nacional de Educación a Distancia. Periodista, escritora y editora. Ha obtenido los siguientes galardones: Premio José Hierro (1985), Premio Nacional Jesús Cancio (1988), Premio Nacional José Luis Hidalgo (1989), Premio Internacional Fray Luis de León (1989), Premio Consejo Social Universidad de Cantabria (1989), Premio Internacional Gerardo Diego (2000) y ha publicado: *El sueño devorado*, Santander, 1985, *Santo y seña*, Torrelavega, 1989, *Los mares sospechados*, Comillas, 1990. *El silencio de la edad*, Santander, 1990, *Mar de fondo. Antología de poesía última en Cantabria*, Colección *La Sirena del Pisueña*, Cantabria, 1996, *Signos inestables*, Pretextos, Valencia, 2001, *Cuando va a ser la hora*. Fundación Gerardo Diego y Aula de Cultura La Venencia, Santander, 2002. *Repentino de luz*, Son de Sirena. Pliegos de la Sirena del Pisueña, Ayuntamiento de Santa María de Cayón (Cantabria), 2004. *Nociones del Imperio*. Ediciones Reino del Aire. Santander. 1ª edición (castellano/italiano), Santander, 2005. 2ª Edición junio 2005, 1ª edición inglés/castellano, agosto de 2006. En el año 1989 obtuvo una beca a la Creación Literaria concedida por el Ministerio de Cultura. En el 2002 obtuvo una Beca de Estancia en la Academia de España en Roma, concedida por el Ministerio de Asuntos Exteriores. Ha sido recogida en diversas antologías y ha publicado en revistas especializadas. Ha escrito y dirigido anuarios de Prensa y libros de divulgación y ha diseñado colecciones literarias, catálogos de arte y cuentos infantiles.

I

Devolvedle la llama al que procura.
Dadle al pan, con su pan, su cielo blanco.
Felicidad idéntica a sí misma
en el bien que ella sola restablece, daros, grande,
que el espejo conozca en la sonrisa
lo que gana al compartir promesas.
Conceded al vencido vuestro amparo;
su frontera, al que arde; su utensilio,
al que piensa en quietud; al que concibe
una altura distinta y más valiente,
porque sueña los nidos
llenos de amor, dádselo todo.
Lleva en sus hombros
el irrepetible prodigio del mundo.

Alcance el tacto de cuanto ha sido llamado
a habitar en los riscos
vuestro cielo sobre las frentes. Ame en ellas
la bondadosa suavidad de un pensamiento. Brille ese fuego
sobre los cuerpos imprevistos con que se cruza nuestra vida.
Acariciad la nuca por la que se desliza mi memoria de niño.
Sorprendedme, silvestre, entre unos brazos que se ahorman
para que me contagie de luz. Parecédmelo frágil,
pero servidlo intenso, el horizonte.

Llegad a cualesquiera, siempre vivas.
Porfiad con claror, prístinas manos.

Remordimientos del Tribuno

Todos los rostros se volvieron.
Bellos, horribles,
indiferentes, siniestros, inquietantes.
La luz del mediodía filtró aquellas palabras
que, en medio del tumulto, al tumulto dijeron
cuanto temía oír: " La diferencia
entre verdad y realidad, ¿quién la conoce?"
Sé que su violencia coincide con mi ira, también que su piedad
es mi lástima,
y en mi sangre encuentro que los ojos
de quienes me miráis
traen el amor y el odio con señales
que atan. ¿Ha de expoliar,
con furia, la belleza el amor?
¿Ha de admirarlo?
El mundo entero lucha afuera, y ruge,
mientras estáis callados y triunfa la derrota.
¿Morir por unas manos
que combaten la abundancia
con la pobreza, la esperanza con ansias?
Un puñado de dueños gobierna un imperio
de millones. La diferencia
entre verdad y realidad, ¿quién la conoce?
¿El sirviente que vale su sal?
¿El que respira, no demasiado tarde, cada palmo
de una tierra más justa? ¿El que vive dos veces
y vibra cuando su corazón pone música
al enemigo? Viendo
pasar el único camino,
entre verdad y realidad, nosotros
elegimos morir. En los lugares
donde hay tiempo aún es posible
saber la diferencia, alcanzar
su corona, ir
más lejos. Mientras por la tierra
cruza, como un huracán, la vida
ante el escaso corazón de un príncipe.



Si creemos que eterno es lo que muere de una forma hermosa, entonces, podemos convenir que escribir poesía es, precisamente, lo contrario a morir: es permanecer sin prevalecer. El canto del poeta huyendo de la muerte, que se plantea en la pregunta, no es canto por la muerte, sino elogio de la vida. Se escribe poesía porque se acepta un destino y se cumple un destino-



Summertime

Oh ser una princesa de once años:
dulce y esbelta majestad
el balbuciente y trémulo corpiño hilado en oro.
La claridad, en todo lo que existe, y yo amo.
Los felinos de ébano, vigilando las olas.
El tumulto, los libros, muchas cítaras de ámbar.
Mis hermanos pequeños, más mayores que yo, regalándome estrellas.
Una rueca, mi madre, sus manos, un mohín.
Collares de cerezas que mi padre dibuja con orquestas plateadas.
En un baúl de musgo, las prendas de los peces.
En el agua, los grillos se ponen antifaces.
Las mariposas llueven, casi a cámara lenta.
Las luces. Arde el tiempo. Los niños guardan nubes,
que dejan en la orilla rubies y esperanzas.
Una proa de un ala, el carcaj con las flores,
las ballenas nocturnas, el cristal de una voz,
los hechizos celestes, el misterio del búho,
un cascabel: latidos de un corazón ligero.
Tatuajes de ríos: su perfume en las ánforas.
Espejos venecianos, que esconden sus secretos
bajo el tronco de un tilo.
El babuino y las frutas, el coco, los arándanos.
El colibrí: mi nombre embreadado en su nido.
Las aves de colores, en balcones exactos.
La flauta desde el bosque, convocando jirafas.
Los corceles más blancos, las ardillas más dóciles.
Un acuario de besos, la sirena del viento.
Azúcar, horizontes que salen de teléfonos.
El castillo encendido, las libélulas verdes,
la leña del naranjo, las hormigas, la arena.
Los juegos, el delfín, el armiño, un caballo.
El guante, que saluda, convidando al bullicio de una fiesta de máscaras.
El mundo entero: anillo de vidrio fulgurante.
Los mares, amaestrados, del color del futuro,
y el mago aceptando mis trenzas, en el trueque.
Quién sabe cuánto crece un árbol y este olvido.
Después de este verano ya nada será invierno.
Una campana rubia da las doce.

Si pierdo la memoria, qué pureza.

La poesía queda aparte, en otra instancia. Es lo esencial, lo que te alcanza por completo. No hay en ella entretenimiento (aunque puede haberlo ocasionalmente), sino sentimiento o pensamiento en estado puro. No hay voluntad de invención, puede que de recreación, pero, fundamentalmente, da fe de un estado de vida, de una forma de sentir y de pensar.

Un poeta no es un literato. No hay vocación: hay entrega, hay esencia, hay destino.

Cerezas

Si alguna vez de noche alguien te ofrece
con las manos abiertas la encarnada tentación
de un cesto de cerezas;
si alguna noche admites
que ha podido traerte su contemplación
claridad, que ha podido
volverte más preciso su pícara presencia:

no olvides que debajo
de su brillo y su aroma, escondido
más allá de tus ojos, que entonces querrán ver
lo que eres en ellas, allí donde
no lo alcanzan palabras ni diluvios, vive el tiempo

que transcurre entre el gesto de atrapar una cereza
y el acto de devorarla:
el tiempo, que es la fruta
más delicada del cesto.

Esa noche sabrás todas las cosas
que pierdes al aceptar el cesto, y que cualquier cereza
de las que escojas
es el deseo de vaciar el cuenco y descubrir,
en el sueño que sobreviene al festín,
otro cesto repleto de cerezas,
desafiante y tierno, ofrecido
sin las manos
aquellas que te dieron
cerezas para hurtarte el tiempo de desear las que ahora
te hacen dormir
perfectamente a salvo: al amor del amor.



En España leen poesía (o la compran)
no más de 1.500 lectores. Sin embar-
go, la consideración general hacia su
forma de mostrar el mundo no creo que
cambie. Nadie la echa en falta, pero,
cuando sale a las calles, todo el mundo
se da la vuelta, secretamente fascinado.

Siempre he creído que el mundo lo
mueven dos polos: la codicia y el poder,
en un lado, y la grandeza del amor, en
el otro.



Rafael Fombellida



RAFAEL FOMBELLIDA (Torrelavega, 1959). Ha publicado los libros de poemas *Lectura de las aguas* (Santander, Scriptvm/Tantín, 1988), *Deudas de juego* (Valencia, Pre-Textos, 2001, premio de poesía José Luis Hidalgo), *Norte magnético* (Barcelona, DVD, 2003, premio de poesía Ciudad de Burgos), *La propia voz. Poemas escogidos 1985-2005* (Santander, La mirada creadora, 2006), y *Canción oscura* (Valencia, Pre-Textos, 2007, premio de poesía Gerardo Diego), así como otras colecciones poéticas, algunas de ellas no recogidas en libro, como *Los últimos días* (Málaga, 1989), *Dominio* (Málaga, 2005), *Oteando* (León, 2005) o *Verano, invierno* (Logroño, 2007). Incluido en antologías de poesía española en España, México y Bélgica. Codirigió las colecciones *Scriptvm* de libros y plaquettes, entre los años 1985 y 1991, y las publicaciones de *Ultramar*, revista de literatura, entre 1997 y 2007. En la actualidad es corresponsable de las Veladas Poéticas de la Universidad Menéndez Pelayo de Santander y de la colección de poesía Qualeaeditorial.

Seffiro torna

El viento de alas negras que impulsaba
espectrales campanas de una pequeña ermita
en el cabo más lóbrego y expuesto de la Tierra.
Su mugido violento contra el muelle de embarque
al lado de una joven mujer acobardada
- esposa de otro hombre – la primera
luna de miel adúltera que pude permitirme.
En la escabrosa costa del norte del país
estrellando su rabia contra mi parabrisas
a lo largo de aquella madrugada
transparente y vacía;
hundiéndome al girar en otro viaje terrible y sin final.
El viento solitario que ultraja a las doncellas
y a las bestias enturbia confinándolas
al fondo de una sólida demencia;
el silbido que instiga al conjurado
a desdoblar su huella en la ciudad sonámbula.
Monstruoso y restallante, rozan sus llamas ágiles
la levedad del pensamiento;
su aullido en plena noche
conmueve el balanceo de los que aman.
Hubo vientos en mí, tifones del suroeste
impregnados de insólita bravura
que sólo la elocuencia cariñosa del padre
consentía aplacar. Pero con el empeño
de un criminal a sueldo sé que buscan mi espalda,
un paso en falso se aproxima cierto
y cualquier vendaval, en el futuro
vendrá a barrer los días que he vivido,
a hacer estrago y dispersar un eco
cuyo abismo es la cólera que escupe su canción.

(de *Norte magnético*, 2003)



Las grandes acacias

No era fácil seguir el movimiento
sombrio de esos árboles.
Durante toda la extensión horaria,
su agitado braceo daba al aire
empuje de tormenta, de súbita borrasca,
de azuzado vaivén contra nosotros.
No podía explicarse de otro modo
tanta corriente hosca, tanto seco
rencor agarrotado,
la pausa en el abrazo, el escozor del beso,
el llanto irremediable de los niños.
A lo largo de la avenida todo
colmaba los oídos de su música aciaga,
los faros amarillos, el piso deslizante,
gentes como nosotros envueltas en trincheras
apretando su paso, hundiéndose en su enigma.
La calma reposada de cualquier mediodía
se ofuscaba en doliente luz;
un cierzo era la pauta
de nuestro diálogo,
un cepo era la mano
asida con horror a mi muñeca,
la mano de mi hijo.
Lo sé, son ellas, las acacias. Veo
desde mi ventanal sus feas copas,
su montón de humedad arrojada.
Nunca comprendería otro motivo.
El destemplado viento que escupe su ramaje
barriendo el cielo de nuestro hemisferio;
los días que vivimos,
como un jirón de ropa en una zarza.

(de *Canción oscura*, 2007)



La afirmación gamonediana tiene varias lecturas, es obvio; una de ellas es la de la angustia ante el hecho mismo de morir, una angustia esencial ante la cual, la palabra podría actuar como ensalmo o conjuro. Para mí, que no creo en soluciones mágicas, sentir esa angustia me resultaría paralizante. Otra lectura, a la que encuentro mayor sentido, es la humana aspiración a que nuestros pasos en el tiempo queden proyectados más allá de la muerte. Pero respecto a esta visión también conviene ser escéptico, pues sobre la pervivencia de la obra siempre actuarán designios y voluntades ajenas a nuestro deseo, e interpretaciones que no siempre serán justas.

La poesía está construida con la materia misma de los símbolos, es carne y tejido simbólico, es vuelo, canto, pregunta y metáfora en acción. ¿Es esto literatura? Si tuviera que atenerme al enunciado de la cuestión disciplinadamente, respondería quizá que “poesía, de ser literatura, es literatura de no-ficción”, ese engendro crítico o mercantil que engloba todo aquello que no cabe en el cuento o en la novela.



Noche del oceanógrafo

A veces olvido que estoy escuchando en el centro del mar.
Olvido que un gran corazón se encabrita y remonta
sumergiendo en mi oído su entero compás infinito,
añadiendo otro pulso a mi pulso, doblando un acorde
que embolsa en su luto el acero del denso cardumen.

El agua enclaustrada retiene el fulgor de las lentas especies.
La masa profunda recoge en su arca el rodar de corrientes muy vagas.
Su fosa insondable recibe el tañido de finos lamentos,
opaco clamor que abastece de un eco azulado su hondura remota.

A veces olvido que estoy escuchando en mitad de la noche
y vuelvo la cara a su manto, rehusó su anillo.
Borra un espeso tejido el quehacer que consigna las útiles notas,
raudal chaparrón rebotando en las sombras, en tela impermeable;
brilla en su cerco el manómetro,
vela el rebelde latido del sobrio perfil que consulta sus gráficos.

Todo es bruto oleaje en el mundo, campana sin pausa.
Todo es ronca turbina girando, perpetua erosión de los ventiladores.
El bivalvo se aprieta encostrado en cuajadas colonias.
La encharcada cubierta se apresta a albergar al albatros caído.

Pero a veces olvido que estoy escuchando en el centro del mar
el agudo temblor que los seres propagan a oscuras, su párpado hundido.
Estoy escuchando en mitad de la noche
un sutil diapasón, la escondida frecuencia que emite
cada cosa en su cápsula sola, en su germen o grumo
dando cuenta de sí,
resistiéndose a no ser hallada.

(de *Canción oscura*, 2007)

Sobre el poeta planea a veces un estigma de vuelo demasiado elevado. Algo que, sin duda, le viene de cuando era aquel *chiflado* de la voz *sibilare*, que indentificaba al insuflado por los dioses de la antigüedad. Y sobre “lo literario” pesa otro estigma de peor estirpe, el del taumaturgo, el del embaucador. Pero la actitud esencial del poeta, que no es otra que crear en el mundo nuevos mundos, es idéntica a la del narrador o a la del filósofo, no así su mirada, su estructura mental, sus técnicas.

Desde que el poeta dejó de ser un sacerdote y sobre él se impusieron las leyes de la imprenta, recibió la bienvenida al gran, vario, y contradictorio universo de la Literatura, una casa del Arte.

El enunciado de ese poema de Gabriel Celaya traspasado de compromiso civil, de fraternalidad social, de pulmón ensanchado moviendo los resortes del mundo, pertenece a una época en que las armas no las cargaba el diablo, sino los guerrilleros y el mundo se dividía en bloques que no eran precisamente estéticos.

La función social de la poesía es un debate eterno. Quizá el hombre del presente tiene a su favor la devolución histórica de su carácter *esencial* de individuo, la posibilidad de pensar y decidir por sí mismo (dentro de un orden, económico, claro, para no caer de nuevo en la utopía) y de no tener que obedecer consignas ni sistematizar sus lecturas. Ni tener que someter a las metáforas a su preceptiva validación social.

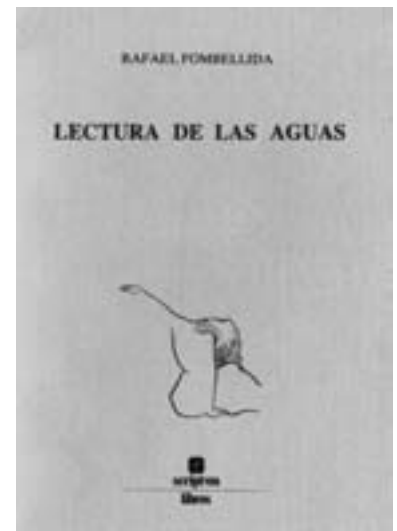
Mar de Furadouro

Mar nevado de luz,
en tu caliente cuenca
tornea el cuerpo que se enlaza a ti,
cerca su tirantez, su blanco helor,
y frótale la médula dormida.

Haz hueco en tu vestíbulo a su ápice,
unta el nardo de yodo,
lame el rosado alfil
madrugador.
Enchárcalo de frutos
macerados despacio en tu garganta.

Bolsa de sal cuajada en el relente,
combátelo sin más, pues se te entrega
con la docilidad del buen doméstico.
Bébetelo su pulmón, agótalo.
Y en tu serenidad sea contigo.

(Inédito)



La poesía, hoy, vuelve a ser una voz al oído, el esclarecimiento de una verdad personal. La poesía está cargada de futuro, pero ya no es un arma, ya no agrede; seduce, convierte y emociona.

El poema más verdadero es aquél que, como escribía Thoreau, respira en el fondo del yo y resume las transformaciones que opera lo escrito sobre quien lo ha creado o quien lo lee. También Celaya lo menciona en sus versos: “Con la velocidad del instinto...”, “con el rayo del prodigio...”, “lo que no tiene nombre”.

La poesía no sólo mueve el mundo, sino que lo crea. La poesía introduce una mirada genuina sobre las cosas, una consideración de lo que es y de lo que no es, irreplicable. El mundo original que vemos y sentimos. Pero si es el mundo exterior, el mundo de la política, las finanzas, el consumo, los *freakies*, los *mass media*... el mundo al que se alude en la pregunta, diré entonces que no, ese mundo no lo mueve, ese mundo la ignora, o la subvenciona con limosnas, que es otra forma de humillarla. Para ese mundo no escribimos, sino para quienes se salvan de él, para esos pocos hombres libres.

Carlos Alcorta



CARLOS ALCORTA. Torrelavega, (Cantabria), 1959. Ha publicado los siguientes libros de poemas: *Lusitania* (Biblioteca del Vigía. 1988), *Condiciones de Vida* (Editora Regional de Extremadura. 1992), *Cuestiones Personales* (Colección Árgoma. 1997), *Compás de Espera* (Servicio de Publicaciones de la Universidad de Zaragoza. 2001), *Trama* (Algaida Poesía. 2003), *Corriente Subterránea* (DVD Ediciones. 2003) y *Sutura* (Poesía Hiperión. 2007) y las siguientes plaquettes: *Doureios Hippos*, (Scriptum. 1986), *Un Lugar en la Memoria*, (Publicaciones de la Librería Anticuaria El Guadalhorce. 1988), *Pormenor* (La Horadada. 2005), *A la lintemperie* (Centro de la Generación del 27, 2007). Tiene en prensa una recopilación de sus artículos sobre literatura y arte titulada *Propios y extraños* (Ediciones de aquí). Ha obtenido premios como el Ángel González, *El Alegría /José Hierro* o el *Hermanos Argensola*. Ejerce la crítica literaria y artística en revistas y otros medios de comunicación. Codirigió la colección de poesía SCRPTVM desde 1985 hasta 1991 y desde 1997 codirige la revista de literatura ULTRAMAR y las colecciones de cuadernos poéticos El Astillero y Travesías. Actualmente es corresponsable de las Veladas Poéticas de la Universidad Menéndez Pelayo de Santander y de la colección de poesía de Qualeaeditorial.

Cerezas

Están, como entonces, al otro lado.
Algunas ramas discolas asoman
por encima del muro y se desbordan
sus frutos inflamados en el huerto
comunal. Con resolución arrancas
ese inservible vínculo que enlaza
su centro ciego con el universo
insondable que forma su materia.

Contemplo en la vasija su envoltura
brillante, humedecida por la luz
nueva de la mañana aún sin nombre,
junto al sucio color de albaricoques
maduros y el reflejo de apartadas
colinas entrevistas fugazmente
en la pantalla del televisor
averiado.

Ignoro por qué al cabo de los años
se muestra ante mis ojos su verdad
tan colmada de sí, por qué su pulpa
carnosa vivifica mis sentidos
con un venial deleite
que me recuerda el incipiente seno
acariciado por primera vez.

Cielo del paladar, garganta, lengua
comparten el vergel del apetito
porque el cuerpo que goza no reclama
favor alguno, sino ser, sin más,
necesario final, lugar del júbilo.
El eco de este ardor palpitante resuena
en las entrañas y por un momento
me hace olvidar esta común herencia:
la arbitraria expulsión del paraíso
que pesa en la conciencia como lastre
de plomo si asoma por la ventana
el rostro pasajero de la dicha.

(de *Mundo solar*)

Discípulo de Acteón

En unos pocos segundos la escena
que ha imantado tus ojos se disuelve
como azúcar o plata malgastada.

En la ventana de enfrente una joven
ventea con vigor y consistencia
sábanas deslucidas impregnadas

de simiente. Sus antebrazos bogan
vigilantes por mares de algodón
que la noche inflamada ha enfurecido

y la incipiente luz solar arrulla
levemente. Alisa la oscilante
superficie que la pasión inventa

con la turgente palma de su mano,
revive en la memoria, mientras cierra
las persianas, el simulacro acuático

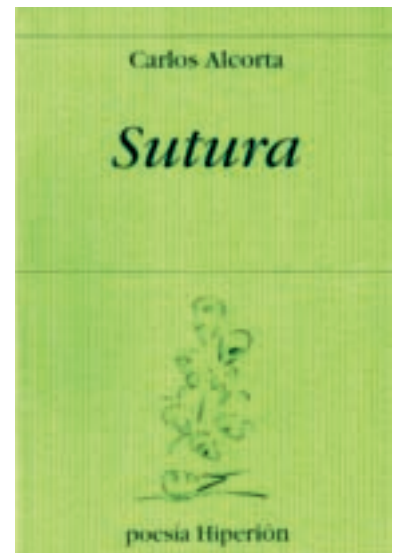
de una lucha incesante que se libra
en las inmediaciones de su vientre.
A través de ese nailon que reviste

el aire se propaga al edificio
colindante el volcán de la lujuria
y descubres ardiendo en su interior

tu propio fuego, afanes cotidianos
de un cielo immaculado donde ríen
los crédulos. Paliado el estupor

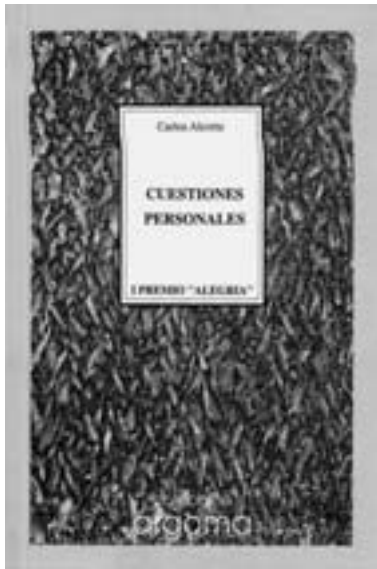
inicial se consuma la sorpresa
y rauda se establece una perversa
jerarquía entre quien mira y es mirado.

(de *Mundo solar*)



Apenas tenemos uso de razón sabemos que no podemos vivir eternamente, (...) pero esa conciencia de lo efímero está, al menos en mi caso, perfectamente asumida, de tal forma que, sólo muy de tarde en tarde, coacciona mi pensamiento y, por tanto, mi escritura el componente trágico de la muerte. No tengo memoria de su presencia, quizá por eso la veo más como un silencioso acompañante, como una sombra protectora, que como frontera hacia otra forma de vida, según anuncian los profetas, más perfecta.

Con esta premisa será fácil deducir que me interesan poco las disquisiciones metafísicas sobre el más allá, sobre lo que seremos en ese otro mundo y sobre el bagaje moral necesario para franquear las puertas de un cielo en el que no creo. Escribo porque necesito comprenderme y comprender el mundo que me rodea. Hegel apunta que el verdadero asunto de la poesía lírica es el propio poeta. Éste da voz a su mundo interior, trasfiere sus sentimientos, sus estados de ánimo mediante el uso de la palabra.



No importa si la poesía es o no un género literario ¿quién se entretiene en tales disquisiciones bizantinas y con qué objeto? Dejemos las cosas en su lugar y no organicemos arquetipos o defensas para quien no las necesita. La poesía es necesaria porque ayuda a restituir aquello que la memoria pierde en su travesía. Con ese empleo debiera bastarnos para no caer en las arenas movedizas de las definiciones y las acotaciones terminológicas.

La mirada se amplía y nos hace ver lo escondido, hace emerger a la superficie lo que ignoramos. Hay que escuchar ese tenue rumor que susurra el paso del tiempo y ser capaz de registrar tan minúsculo sonido con palabras, porque todo poema, aunque intente reflejar con precisión la realidad, por el mero hecho de serlo incluye dentro de sí una parte incorpórea, volátil, no aprensible con los sentidos, muy cercano al ensueño que llamamos imaginación..

[Algo muy dentro vuela]

Descansan solitarias sobre cables del tendido eléctrico, en altas ramas o mojonos de piedra que acierto a distinguir desde la carretera por la que circulo. Desde su errante centro sin cesura ven pasar la vida, inmóviles como un trofeo inútil en la vitrina de los recuerdos. No hay en sus ojos el rencor del verdugo, sino el estupor de la víctima. Su único fin es la supervivencia. Su efigie inmóvil luce como emblema en sellos o banderas de estados invasores y el mal gusto de algunos acomoda toscas reproducciones en granito o piedra falsa en muros y pilastras que apuntalan la verja. Su labor es, entonces, más ornamental que disuasoria.

A veces, desde el exacto vuelo circular, como desde una claraboya ojean indefensas presas en pedregales y sembrados o despojos de carne aplastada en los arceñes, y es un reflejo en el asfalto esa especie de arco eléctrico que dibuja la fugaz sombra instintiva cuando ensayan la severa intromisión en el aire quieto, y enfiladas descienden hacia esos campos recién trillados o hacia la polvorienta grava oscura.

Si tuviera ojos la muerte, contemplaría la extensión informe del desconcierto que la precede, del ahora que deserta, a través de sus pupilas, transparentes como lámina de cuarzo lavado, porque la mirada es una vibrante urna de cristal que contiene el terciopelo azul del cielo, el alba escarchada de la mañana nueva, el oscuro temblor del infinito; y la codicia es un cortante filo que sin sentir, sin dolor, como en un sueño, mutila el porte de las alas, reduce a un enjaulado revoloteo la libre ascensión, la acrobacia, el puro desvarío.

(de *Grietas de luz*)

[Río Cubas]

Justifica el viaje remontando el cauce hasta su límite navegable, un inesperado pasquín publicitario que cayó en tus manos y la intención consolidada de romper la monotonía laborable.

Subyace en el fondo de ese acto una aspiración legítima de redención, de restituir lo no vivido, asumiendo riesgos y placeres de otra época menos sedentaria. Tratas, por eso, de alimentar los brotes de la experiencia infantil de tu hijo no con centelleantes imitaciones de lo real, sino con la descripción precisa de lo que se ve de cerca, plantas, peces, aves o roedores que seestean indiferentes a los excursionistas, pero sus dedos manchados de caramelo recién mordisqueado apuntan hacia otra embarcación de recreo gobernada por la experta mano de la costumbre que se interna mar adentro. El ángulo que pronuncia el giro de la proa deja fuera del campo de visión la arbitraria ordenación de la naturaleza que se agolpa en las orillas. A estribor se asoma el pantalán que atraviesa la bahía. Sostiene esa endeble estructura de hierro y compactas vigas de roble engrasado un gaseoducto, casi en desuso durante el verano, que parece un esqueleto mutilado de ballena.

Un horizonte reforestado viene ahora al encuentro. Todo ocupa un lugar en la memoria, incluso esas extrañas figuraciones que en la superficie dibuja la corriente, ese cóncavo cielo algodonoso que, con tan pocos años, el niño ya sabe interpretar.

Señalan finas varas de avellano clavadas perpendicularmente en el limo un límite, la línea de navegación, la necesaria profundidad. Es una referencia provisional que determinan las mareas y obliga a fijar una hora de regreso para no encallar en las arenas del fondo. Se vuelve opaca la piel del agua bajo la luz fugitiva del atardecer. Llegó el momento. Hay que retornar sin demora al muelle de embarque, porque cada vez resulta más difícil concluir una ruta, recuperar un destino.

((de Grietas de luz))



La perfecta composición del poema se conseguirá, desde mi punto de vista, con una proporcionada mezcla de instinto e inteligencia, una vez rechazada la fascinación que provocan los reclamos de cierta melancolía anticipatoria.

Creo en la utilidad de la poesía, entendida ésta como un afán de discernimiento.

El mero hecho de escribir poesía en una sociedad como la nuestra supone una trasgresión, una confrontación con la realidad, por tanto se adquiere un compromiso social, se establece un orden moral que transgrede los estrechos límites que la realidad impone.

Entonar el canto, por muy inaudible que se brinde, supone un desafío a un mundo lleno de injusticia y dolor, de brutalidad y espanto, un enfrentamiento con la resignación, porque para mí poesía y vida se influyen mutuamente y no concibo la una sin la presencia de la otra.

Alberto Santamaría



ALBERTO SANTAMARÍA (Torrelavega, 1976). Doctor en Filosofía por la Universidad de Salamanca. Ha publicado los libros de poesía: *El orden del mundo* (Renacimiento, 2003), *El hombre que salió de la tarta* (DVD, 2004) y *Notas de verano sobre ficciones del invierno* (Visor, 2005). Ha obtenido premios como el Vicente Núñez y el premio Poesía Joven de Radio 3. En 2003 editó la poesía ultraísta de José de Ciria y Escalante bajo el título *De mi sortija penden todos los merenderos*. Como ensayista ha publicado *El idilio americano. Ensayos sobre la estética de lo sublime* (Universidad de Salamanca, 2005) y *El poema envenenado. Tentativas sobre estética y poética* (Pre-Textos, Premio Internacional de Crítica Literaria Amado Alonso, 2008). En la actualidad dirige la revista de poesía *Nadadora*.



Las madres finlandesas (elogio de la vanidad)

*todo junto aspiraba también a la política,
a explicarme por qué las cocinas económicas renunciaron para siempre al amor*

Vicente Aleixandre

1.

¿Qué añadirías tú a este paisaje?

Una lata de albóndigas sería aceptable. (Nada de romanticismo. Es una sugerencia. Es cuestión de arrodillarse y notar el pegajoso ramaje de los mejillones a la altura de los tobillos. Tan sólo eso y seremos felices como cuervos). Francamente nada repondría su olor, pero sabríamos reconocer que algo queda en el aire tras la batalla. Algo más que platos llenos de alubias y medias atrapadas en su reflejo de alambre. Algo más. (Algo más que llegar a casa y ponerse las zapatillas. Es un motivo, por ejemplo.) Sabes mover el brazo tal como Lametrie dibujó (lento, musculado, sobrevenoso) esta tarde en el puerto de Róterdam. Teníamos los pies fríos como ciruelas. La televisión derramaba colores que llegaban hasta nosotros entre el olor de los bares de almejas y ostras y patatas fritas. (*Mules et frites...*, gritaba) Sobre aquel mu-

/ chacho

temblaba una gota de agua. Somos como animales dentro de latas oxidadas. Otro muchacho (quizá el mismo) enciende las luces y regresa a buscar la podadora eléctrica y el pesado cable de extensión de treinta metros. A su paso deja un perezoso sabor a rocío sobre las mesas. No añadir nada sería una buena opción. Igual de feliz. Situar una sombra por encima sería útil para obtener el color deseado. Un vaso vacío azula los vértices caoba de la mesa. Pero ¿qué sería entonces de estos cañones cincelados hace más trescientos años en esa fundición junto al río? ¿Dejaría esto de ser una marina? Una pregunta nace a espaldas de otra. Es imposible descifrar su código. (Lo blanco se encripta en lo blanco). No es como saber a qué temperatura hierve el agua, o si la nieve cruje igual a ambos lados de su peso. (Un huevo duro no es un consuelo pero es una idea. Lo mismo que la aplicada división de una naranja antes de sumergirse en el líquido desprecio del zumo. Su sabor es demasiado correcto.) Tarek, con sus dientes mella-dos, afila el cuchillo con una manzana. Es una forma iluminada, como cualquier otra, de predecir el futuro. (Como un profesor adicto a los idiomas se sacudirá el pan de la barba. Quizá sea el mejor modo de justificar sus faltas. Lo sabe). ¿Quién se acuerda ya del berebere? Unas cortinas raídas serían válidas, pero ¿cuándo utilizarlas? Tanto depende de la luz del sol.

2.

La teoría de la jarra y el vaso vacío es un principio. Procesar información. Esta piedra quizá desconozca su peso. Su composición elemental, su insistencia geológica hace imposible que esta sea su casa. Nadie a su alrededor la defiende. Huye.

¿Quién ha inducido tu exilio ahora que ya abandonaste tus antiguas escamas?
(Geomorfología, esa es la palabra.

Miles de peces caliza nos recuerdan algo, pero desconocemos el qué)

¿Puede faltar algo más?

Una bicicleta sería aceptable. Un músico eslavo que se remanga ante su oboe, pálido y rico.

Pero ya sabes,

lo que no está en el proceso no puede estar en el resultado. Piensa en latas oxidadas de nuevo, y en árboles temblones como patas de alce. Piensa. Se ha salido la cadena.

Como tus dedos ennegrece la tarde chorreando aceite. ¿A dónde quieres llegar con todo esto? Nada es lo mismo ya en la cocina económica.

Tras tus huellas y esta suave espuma de espárragos, ¿por dónde regresar en el / tiempo?

(He de mover los brazos y los pies. Quizá fue Holbach el culpable. Era rubio y mal alimentado)

¿Hay alguna consigna más?

Restos de mandarina, tal vez, que palidecen dentro del camión de la basura.

Ramas que sacuden su nieve como mermelada ya sobre sus tripas.

Es fácil. (Así lo había imaginado).

Observa

detenida tus manos.

Su olor.

Es casi una ley.

Todo retorna.

Es nuestro destino

su alimento.



Soy demasiado hipocondríaco. Si tengo presente continuamente la muerte en lo que escribo seguramente no escribiría, ¿para qué? No saldría de la consulta. Escribo porque espero estar vivo mañana, podría decir. Aunque escribo fundamentalmente para saber por qué escribo.



El sistema del amor (Lección de filología botánica)

Lo que yo diga no importa nada, nada. ¿Acaso le importa al aire el aleteo idiota de un pájaro? Jamás he regado las dos plantas que me regalaste -*Monstera deliciosa*, *Platyserium bifurcatum*- y sin embargo crecen sin misterio hacia lo alto. Huyen hacia ti desde mi casa.

De mi cocina
sale humo
en un idioma
que desconozco.



The view from the Afternoon (Meditación de año nuevo)

Partimos pronto hacia algún sitio poco recomendable. Eso al menos indicaba la guía turística que habías dejado sobre la mesa. (Muestra tus manos encalladas al cielo después de tantos árboles talados. Es el gesto oportuno). Un libro grueso, editado “como antes”, delicadamente encuadernado. Un edificio sobresale en plata pinchando la panza negra de las nubes. Sin embargo, nada decía –es cierto Hombre Cangrejo- de estas pastas hinchadas en el horno a base de veneno que pusiste junto a los plátanos africanos y de las uvas ya dispuestas a explotar entre los dientes antes de las campanadas. La nochevieja es inevitable como la muerte de un dibujo animado. Alguien deberá comerlas para que las cosas vuelvan a su justicia, a su principio, a su error natural. (Mantén alejadas estas ratas de mis vistas a la tarde. Esa no es la frase más adecuada teniendo en cuenta que hoy hace diez años que murió tu padre. Pero he trabajado mucho en el muelle para construirlo, para dar forma a esta imagen pausada del agua que se cuele por la ventana. Su ritmo entre las rendijas hace que mis labios se junten *como si fuera a beber*. Salado es su sabor al borde de la armónica mezcla de metal y cuero barato. Algo parecido es lo que nos recuerda nuestro pasado animal, ya sabes, *que fuimos demonios con cuernos de caracol*). Es sólo cuestión de acostumbrarse a hablar en público, a la incertidumbre de los platos sobre la mesa. (Un tenedor busca su sinónimo sin suerte entre tanta sopa de sobre). Las vocales tienden a contaminar pronto lo poco que nos queda de eso que algunos llaman vida y otros pocos caligrafía. Escribir un nombre, luego otro, así hasta saber rellenar un rectángulo, esta factura, albaranes sin más destino que la tarde o una cerveza, casillas reservadas a saborear tu equilibrio sobre el blanco. Los patinadores poco saben de números, lo mismo que estos albañiles sucios y patizambos. Quizá la costumbre nos traiga las proteínas que necesitamos. Estar encerrado aquí, oculto en esta historia, nos permitirá medir mejor la distancia entre el tiempo y las cosas, entre mi barriga y tu deseo, por ejemplo. (¿Pero he sido yo capaz de decir todo eso delante de tanta gente?) El importe exacto debe aparecer con todas sus letras. Tú que fuiste ballerero cuando menos era necesario es evidente que sabes de qué hablo cuando hablo de *ideas* sobre los tejados como acuarelas imposibles de vender. Es el mercado no eres tú quien siembra culpas, círculos, coches llenos de vagabundos como tulipanes que se envuelven antes de morir. (Un mapa es el peor regalo para quien huye. *Necesito la belleza para dormir*, dice). Trabajamos duro para nada. Mujeres atareadas tienden la misma ropa desde hace veinte años sobre nuestras cabezas dormidas. Todos saben que existen mil formas de robar a una vieja, pero pocos saben lo escaso de esta ilusión cuando sentados a la mesa *todos* aguardan el momento feliz para lanzar su historia creciendo bajo la camisa como un fabuloso cáncer. Bolsillos llenos de frutos secos y una “pantera rosa” ¿qué más hace falta para el paseo? Hay en esta música algo ansioso por engordar, por asaltar el cuello ártico de este animal que mira el mundo desde sus ojos enormes como latas vacías

(regresa

aún estás a tiempo).



Creo que la poesía es la forma más radical de la literatura, es decir, su raíz. La literatura creo, más allá o más acá de marcas o clichés, es una forma de indagación y por lo tanto al igual que la filosofía, creo que la poesía es un género literario.

El futuro no es un tipo de munición, sino un proyecto, y todo lo que vive y está presente crea su proyecto. La poesía ni el poeta son algo más que el resto de las cosas, su futuro es el mismo que el del resto.

La poesía puede mover el mundo de quien escribe, el mundo de quien lo lee y con eso creo que basta. No se le debe ni puede pedir más al poema. En mi caso, el poema no persigue nunca verdades, sino forma de estar y pervivir el mundo.



*Zuhaitzaren
fruitua*

*Un árbol
con frutos*



Bizkaiko Foru Aldundia
Diputación Foral de Bizkaia